



ANWAR
LA CONSULTA

Cristóbal Benítez

ANWAR
LA CONSULTA



Primera edición: abril de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Cristóbal Benítez

ISBN: 978-84-17784-72-0

ISBN digital: 978-84-17784-73-7

Depósito legal: M-12672-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi hija.
A nuestros sueños*

Si no puedo bailar, tu revolución no me interesa.

EMMA GOLDMAN

Al comienzo la Mujer es todo.

JULES MICHELET

En algún lugar

«Mis pequeñas, traviesas como siempre...»

La anciana se enderezó en su silla de ruedas, y saludó a las motas de polvo que flotaban saltarinas y bulliciosas en la luz dorada del salón.

—Por fin la encuentro —le dijo Lucienne entrando por la puerta del jardín—. ¿Dónde estaba usted? Los otros abuelos almorzarón hace más de media hora.

—Andaba por ahí...

—Aquí está su bandeja, se la dejo sobre la mesita. Cómase la comida antes que se enfríe.

—Se parece mucho a la de ayer y anteayer.

—Un poco.

—Pero qué le vamos hacer, ¿no?

—Así es. Vuelvo en un rato.

—Sí, eso...

«Amiga, ¿de qué me sirve recordar si no voy a olvidar?... Porque me hace feliz...»

*

Un manto de nubes bajas y oscuras se extendió sobre las calles, las plazas, y los bloques habitacionales de los suburbios. Inmediatamente después, la lluvia comenzó a repiquetear en el vidrio de la ventana al ritmo de las ráfagas de viento y las sacudidas del tren Paris-Epinay-Villetaneuse.

Marie se volvió. La muchacha sentada en frente no estaba ahí hace un momento. Era impresionante. Tenía el pelo muy largo,

negro, grueso, y ondulado, y los ojos grandes y verdes, ¿o azul turquesa? Cambiaban de color, como las figuras de animales que bailaban sobre su vestido blanco...

—Esto... no está sucediendo... —balbuceó Marie, y algo muy agradable se adueñó de ella, algo que le hacía sentirse bien, fabulosamente bien.

—Hola, mi nombre es Anwar —le dijo la muchacha poniéndose de pie.

—Yo soy Marie...

—Lo sé, amiga... Ven conmigo por favor, esta lluvia apesta.

—¿Ir contigo?

—Sí. Necesito mostrarte algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Gente que vuela para empezar...

Anwar se elevó suavemente por el aire, y sus cabellos se pusieron a flotar enroscándose en sus brazos y sus piernas.

—Dios... —susurró Marie.

—¡Mamá! —gritó un niño al otro lado del corredor—. ¡Esa mujer está volando!

—¿Qué mujer?

—¡La de pelo negro!

—Ahí no hay nadie; deja ya de molestar.

—¡Pero, mamá!

—No te preocupes —lo tranquilizó Anwar—, más tarde vendré por ti y daremos un paseo.

—¿Lo prometes? —preguntó el niño.

—Desde luego.

—¡Sí! ¡Nos vemos!

—Ahora sígueme, Marie. Saldremos de aquí.

—¿Salir?

Anwar tiró de su mano, hubo un corto relampagueo, y Marie abrió los ojos sobre el techo del vagón.

—¿Qué es esto?

—Esto se parece a los sueños, no te mojas ni sientes frío y puedes ir adónde quieras. Vamos, conozco un lugar sin lluvia.

—¿Sin lluvia? ¿Está lejos?

—No, en realidad no... —Anwar señaló un punto en el cielo y las nubes se apartaron— Allá...

Todo estaba al revés. Una manada de caballos se desplazaba patas arriba, y lo que debía ser la silueta blanca de un glaciar se estiraba hasta desaparecer en el extremo de la llanura que hacía de bóveda celeste.

—¿Qué me pasa?

—Aterrízaste con la cabeza abajo —contestó Anwar sonriendo. Marie se dio vuelta sobre sí misma.

—¿Dónde estamos?

—Europa, hace miles de años.

—¿Miles de años?

—Treinta y cinco mil años atrás...

El sol era una pequeña bola roja perdida en el horizonte, y una fuerte ventisca barría la estepa aplastando la hierba y las crines de los animales.

—Me encantaría vivir en este lugar —murmuró Marie—. Es tan... salvaje.

—Vivir aquí es imposible, pero yo puedo hacerte sentir...

—No entiendo.

—Trata de tocar ese caballo. Él no te hará daño.

Un caballo se había alejado del grueso de la manada y se dirigía hacia ellas.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Marie se acercó por detrás y estiró la mano. El rabo del caballo se deshizo como polvo entre sus dedos.

—¡Mier...!

—Ahora prueba de nuevo —le dijo Anwar aguantándose la risa.

Marie sintió el pelaje áspero del caballo y el viento helado de la estepa calando en sus huesos.

—¡Qué frío! —exclamó.

Anwar hizo un gesto y el ambiente volvió a temperarse.

—Uf, gracias, ya me estaba congelando. ¿La primera vez te pasó lo mismo?

—La primera vez quise sentarme sobre la rama de un árbol — se rieron juntas—, ven, demos una vuelta.

Sobrevolaron el antiguo glaciar en medio de un vendaval que ni siquiera las rozaba. Era una sensación curiosa, pero no desagradable, pensó Marie echando una mirada tímida a Anwar.

— ¿Vas bien? —le preguntó ella.

—Sí... ¿Sabes? Esto es bastante más divertido que Epinay.

—Eso es muy cierto —respondió Anwar adelantándose y realizando virajes y volteretas.

Marie giró como trompo y se ubicó a su lado.

—¡Vaya, sí que tienes talento! —la felicitó Anwar—. Eso estuvo perfecto.

—No bromees, nunca fui buena para los deportes.

—Hablo en serio.

—Cuando volvamos practicaré en mi cuarto.

—No es necesario. Lo haces mejor que yo, mucho mejor...

—Anwar, ¿puedo sacarme algo de ropa? Con todo este ejercicio...

—Sácatela toda si quieres, aquí nadie puede verte. Yo solamente, si no te molesta.

—No me molesta —Marie se quitó la ropa y la dejó flotando con sus bototos—. ¿Está bien si la dejo así?

Anwar contestó con un parpadeo:

—Sí...

—Vamos, hazlo tú también.

—¿Yo?

—Claro.

Anwar se desnudó y su cuerpo esbelto teñido por la luz del atardecer empezó a oscilar en el halo azabache de su larga cabellera.

«Es demasiado hermosa...», pensó Marie respirando apenas.

—Gracias —dijo Anwar esbozando una sonrisa—. Muchas gracias por el piropo. Tú eres... fabulosa... Me gustan tus pecas y tu pelo corto y pelirrojo, y bueno...

—Disculpa, yo no quise...

—Tranquila, no fue nada.

—Perdona.

—Olvidalo.

—¿Eso... de leer los pensamientos?

—No te preocupes, puedo controlarlo, pero tengo otro problema...

—¿Otro problema? ¿Qué problema?

—Me encanta volar desnuda —las dos estallaron en una carcajada. Se escucharon relinchos y los caballos se agruparon a los pies del glaciar para pasar la noche.

—Se nos hizo tarde, Marie.

—¿Ya sonaron las doce campanadas? ¿Me visto?

Anwar se rio.

—Como quieras. Ahora debemos ir a otro lugar. Sólo será un rato, y después tú sola recordarás... Debo confesarte que hoy te busqué para llevarte con tus hermanas, nuestras hermanas. Una vez, hace mucho tiempo, hice una promesa y debo cumplirla.

—¿Nuestras hermanas?

—Ya entenderás.

—Me gusta estar aquí, contigo.

—A mí también, no te imaginas cuanto, pero las promesas están hechas para ser cumplidas. La próxima vez nos quedaremos más tiempo, mucho más, te lo prometo.

Marie suspiró.

—Llévame a ese lugar...

Paris, Francia.

La muchacha no pudo evitar una sonrisa, había dado con la descripción exacta del doctor Julien Lebert: un oso de peluche con grandes anteojos y algunos problemas de sobrepeso.

—Disculpe, me distraje un momento —dijo.

El doctor sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Esa sonrisa era asombrosa, insuperable.

«Abí está de nuevo tu ensoñación, Julien... Mantente despierto...»

—¿Pasa algo, doctor?

—No, disculpa... Estaba pensando que tu relato es un tanto insólito...

—Sólo le pido que no me interrumpa.

—No puedo prometerte eso.

—Trate. Además quiero hablarle de otras cosas.

—¿Otras cosas?

—Cosas que me preocupan, que me gustaría cambiar, pero por ahora seguiré con mi historia.

—Ajá... Como te dije al comenzar la sesión, debes entender que no todos los días viene alguien a la consulta y me pide que escuche un cuento o una historia. Es muy poco ortodoxo, y no me malinterpretes, quiero ayudarte con tus problemas, pero te recuerdo que estoy oyendo tu relato únicamente porque me permite conocerte mejor y...

—¿Romper con su rutina?

El doctor Lebert la miró, sorprendido.

—Perdone, no quise molestarlo.

—No importa. Dices lo que piensas y eso me gusta.

El doctor releyó la ficha de la joven: tenía veintitrés años, era hija única y estudiaba en la universidad. No había nada fuera de lo común en esos datos.

—Me dijiste que viniste por tu cuenta, que tus padres no te lo pidieron...

—Sí.

—Bueno. No olvides que no soy terapeuta ni analista; mi tarea consiste básicamente en recetar medicamentos para aliviar y controlar ciertas patologías. Puedo atenderte, por supuesto, pero en este centro médico trabajan también psicólogos y sólo en algunos casos ellos derivan a los pacientes a mi consulta.

—Doctor, no necesito sus remedios, ni tampoco a un psicólogo. Quiero que sea usted la persona que va a escucharme.

—¿Alguien te recomendó que me vieras a mí y no a otro profesional?

—Ese es mi secreto.

—¿Tu secreto? ¿Y eso qué significa?

—*Significa que no lo sabrá por ahora.*

—*¿No lo sabré?*

—*No.*

—*Está bien... Adelante, Anwar.*

—*Gracias, doctor.*

Epinay, Francia.

La alarma del celular sonaba como un gemido lastimero y compulsivo. Marie la apagó de un manotazo.

Sobre su guitarra yacía un único calcetín sucio. El resto de la ropa estaba apilada encima del escritorio, y el suelo era un revoltijo de libros, zapatillas y envoltorios de dulces. «Tengo que ordenar esta covacha», pensó. Volvió a dormirse pero unos minutos después se incorporó completamente despierta. Durante la noche había soñado con una muchacha de cabellos negros y ojos grandes. Fue un sueño muy vivido. Demasiado...

—¡Levántate, Marie! —le gritó su madre desde el pasillo.

—Ya...

—¡Apúrate! —insistió su madre.

—¡Ya entendí!

Marie tiró el plumón a un lado y fue al baño. En el sueño iba viajando en el tren cuando conoció a Anwar. «¿Cómo puede ser? ¿Cómo puedo acordarme de su nombre?», se preguntó, atónita.

Al verla un cosquilleo que jamás había sentido se apoderó de su cuerpo. Una mezcla de euforia y placer... «¡Dios! Me volví loca», pensó Marie estremeciéndose. Ella le tomó la mano y viajaron a un lugar a donde había miles de caballos, y luego se desnudaron... «Me desnudé. Voy bien».

—¡Vas a llegar tarde! —escuchó gritar a su madre.

Marie se sacó la camisa de dormir y se metió a la ducha. «Sus ojos eran increíbles, toda ella era increíble... ¿Y esa promesa? ¿Y las hermanas de las que habló? Creo que estuve con ellas en ese lugar... Había un río... y una torre...»

—¡Marie!

—Mierda.

De vuelta en su habitación, eligió una chomba y unos *blue jeans* arrugados entre la ruma de ropa que había al fondo del ropero. Se vistió rápidamente y guardó una buena ración de dulces en los bolsillos de su parka.

Adèle Pommier, su madre, miraba un programa en el televisor de la cocina con una tostada en una mano y un cigarrillo encendido en la otra.

—No fumes aquí, no se puede respirar —le dijo Marie con frialdad.

—Está bien... —respondió su madre apagando el cigarrillo en un cenicero.

—Mamá, te pedí tres veces en la semana que llamaras a un técnico para que reparara la lavadora y todavía no lo has hecho. Toda mi ropa está sucia y no tengo tiempo para lavarla a mano.

—¿Por qué no lo llamas tú?

—Sabes que no puedo hacerlo, no me dejan usar el celular mientras estoy trabajando.

—¿Y cuánto va a costar eso?

—Ya te lo dije, yo lo voy a pagar.

—Antes, Georges lo arreglaba todo.

—Eso no es cierto, ni siquiera sabía abrocharse los zapatos...

Su madre la miró con rabia.

—¡No hables así de Georges! —exclamó.

—Estoy diciendo la verdad.

—¡Estás diciendo estupideces!

Marie suspiró.

—Mamá, no quiero pelear contigo, hoy día no.

—Tú empezaste.

—Bueno, yo empecé, disculpa. Sólo te pido que llames al técnico. Tú sabes lo difícil que es... ¿Mamá, me escuchas?

—¿Qué? —las risas del programa de televisión atraían a su madre como un imán.

—Nada... nada mamá —Marie se sirvió un café en la mesita y lo acabó de un sorbo—. Debo irme, nos vemos más tarde.

*

En la calle estaba cayendo un diluvio. Marie se puso la capucha de la parka y apuró el paso.

—¡Hola, Marie! —la saludó el señor Michel con una mano, resguardándose de la lluvia en el paradero de buses.

—¡Hola!

—Parece que olvidaste tu paraguas.

—Así parece, y usted también.

—Tienes razón, nos hemos puesto un poco descuidados últimamente.

—¿Va a abrir el quiosco hoy día?

—En un rato. Con esta lluvia no creo que tenga muchos clientes...

El señor Michel llevaba puesto un gorro amarillo canario y mantenía su radio portátil pegado a un oído.

—¿Y la señal? —preguntó Marie.

—No muy buena. Hoy sólo pude escuchar Radio Dakar.

—Tendrá que esperar a que deje de llover para que mejore.

—Tal vez ¿Y tú cómo has estado?

—Digamos que bien, pero tuve un sueño muy raro...

—¿Quieres contármelo?

—Es algo personal...

—Entiendo. Hay ciertas cosas que no se cuentan. Yo también tengo algunos secretos... ¿Y tu madre?

—Ella está igual.

—Cuando puedas recuérdale que estoy disponible. No quiero presionarla claro, ni ser atrevido.

—No es atrevido, señor Michel, pero francamente no sé si mi madre necesita a un hombre en este momento.

—No importa, soy paciente y comprensivo. Como ves soy el hombre ideal.

—Hummm...

—No te burles —dijo el señor Michel riéndose.

—No me burlo.

—Voy a cruzar los dedos, ya verás.

Marie desvió la vista y empezó a tironear la manga de su parka.

—Señor Michel, no puedo seguir callándome, usted es mi amigo, pero la verdad no me gustaría que tuviera una relación con mi madre...

—¿Por qué? —preguntó el señor Michel, muy serio—. Explícame, por favor... ¿Quizás esperas otra cosa para ella? Algo mejor, y no este personaje un tanto ¿ridículo?

—No se trata de usted, señor Michel, usted me cae bien, y no es ridículo, ni farsante y aprovechador como los hombres que han salido con mi madre...

—Entonces conversémoslo.

—De acuerdo, yo lo buscaré después —le prometió Marie mientras se subía al bus.

No quería hacerse la desentendida cada vez que el señor Michel tocaba el tema, pero era difícil encontrar las palabras adecuadas para explicarle que su madre no estaba bien, que era una persona inestable y desequilibrada, y nada bueno podía resultar de esa relación. El bus avanzó unas cuerdas y se fue bordeando un parque anegado por la lluvia. «Sus cabellos olían a mar, recordó Marie, perpleja. Y a bosque, y fuego también. Todo a la vez...».

—Anwar... —masculló al bajarse, y corrió hacia el supermercado.

*

La señora Macaroni, encargada de cajas, se paseaba por los pasillos riéndose y saludando a los empleados.

—¡No lo puedo creer, llegaste a la hora, Marie! —exclamó al verla—. ¿Qué te pasó? ¿Vienes de una fiesta o te caíste de la cama?

—Algo así...

—¡Qué bien! Siempre es bueno empezar a trabajar temprano.

En los vestidores del personal Marie se puso el guardapolvo de trabajo y rellenó sus bototos húmedos con toallas de papel. «Esto se parece a los sueños. No te mojas, ni sientes frío... ¿No me vas a dejar tranquila, eh?» A lo mejor si le contaba a alguien. No se atrevía a hablar de esas cosas con el señor Michel, pero podía hacerlo con su amiga Catherine. La voz potente de la señora Macaroni resonó afuera de los vestidores:

—¡Marie apúrate, tengo que pasarte el dinero!

Cinco minutos más tarde, una niña de diez u once años, con anteojos y una enorme margarita de fantasía en la cabeza, se presentó en la caja.

—Buenos días —saludó la niña depositando unas barritas de chocolate sobre el mesón.

—Hola. Son dos sesenta.

—Sólo tengo monedas chicas.

—No te preocupes.

Marie recibió las monedas y se quedó mirando a la niña. Había algo familiar en ella.

—Perdona, ¿te conozco? —le preguntó levantando una ceja.

—No lo creo.

—¿Cómo te llamas?

—Louise.

—¿Segura que no nos conocemos?

—No, segura...

La niña tomó sus barritas de chocolate y se dirigió hacia la salida.

—Ey... espera... —titubeó Marie.

*

Anwar no tenía ganas de llegar temprano a la facultad, ni a ningún otro sitio de esa ciudad aplastada por la lluvia. «Pero hoy tengo un examen —recordó respirando hondo—, mierda».

De cualquier modo desechó «el camino corto» y tomó el metro. Las puertas se cerraron detrás de ella y sacó una novela de su

mochila, pero tampoco tenía ganas de leer. Guardó el libro y miró sin mirar los rostros de los pasajeros que la observaban aturridos. «No has cambiado nada, María... Marie... Eres tan especial como antes...»

Saint Denis, Francia.

Hélène Roudier avanzó arrastrando las pantuflas por el embaldosado de la cocina, se sirvió un vaso de agua, y buscó la caja de somníferos en el bolsillo de su bata.

«No exageres la dosis... Bah... ¿y a quien le importa si duermo una semana o para siempre? Nadie echará de menos a una profesora de historia y geografía jubilada...».

—Por selvas y llanuras, en rostros ufanos, cantaban sus ojos la vida de almíbar... —susurró alineando los somníferos sobre el mueble de cocina, pero la música la obligó a levantar la cabeza.

«Empezaron temprano».

Día por medio, los vecinos del octavo piso armaban una fiesta. Había visto al padre y al hijo cargando bolsas llenas de botellas de vino, y tenía la sospecha que bailaban y se emborrachaban juntos hasta desplomarse.

La canción se detuvo bruscamente.

«Quizás prefieran un lento...»

Sabía por la administradora del edificio que el padre había sido conductor de buses, y su hijo estaba cesante y siempre parecía andar a la deriva. Un ruido de botellas quebrándose la hizo sobresaltarse.

—¿Y ahora qué? —gruñó—. Esos dos me van a escuchar...

Cogió las llaves del departamento y subió al octavo piso por las escaleras. No se molestó en tocar el timbre, golpeó la puerta y gritó:

—¡Ustedes ahí adentro, ya basta! ¡Algunos queremos dormir!

La puerta se abrió de golpe, y un hombre de bigotes, alto y robusto, apareció en el umbral dejando escapar un fuerte vaho a alcohol y transpiración.

«Nada mal... —pensó Hélène— Un buen baño, y una buena cura de desintoxicación...».

—¿Señora?

—Eh... Hablo con el señor...

—Gabier, Marcel Gabier.

—Señor Gabier, soy su vecina de abajo y de vez en cuando necesito dormir como todas las personas normales...

—Señora, en la semana podemos hacer ruido hasta las diez, está estipulado en el reglamento del edificio.

—¿Ruido? Esto se parece más a una batalla campal y todo el tiempo es lo mismo. Si usted quiere matarse emborrachándose, hágalo, pero respetando a los demás. ¿Por qué debo aguantarlo? ¿Por sus bellos ojos y su lindo bigote?

—Señora, usted no puede... —se escuchó un llanto al interior del departamento y el señor Gabier se volvió. Su hijo lloraba desconsoladamente, sentado en una silla del comedor.

Hélène balbuceó, incómoda:

—Regresaré... mañana...

Marcel Gabier miró a Hélène mientras se alejaba por el pasillo, cerró la puerta, y exclamó riéndose:

—¡Eso fue muy convincente, hijito; deberías ser actor! ¡Vamos, ya se fue esa mujer, no sigas llorando!

Jonas apoyó la cabeza sobre la mesa del comedor.

—Déjame tranquilo, papá, déjame en paz...

*

Hélène sintió la brisa fresca en sus mejillas y abrió los ojos. Hacia el este, el alba despuntaba sobre el río, la torre, y los faldeos del valle.

—¡Ey! —la llamó una muchacha desde la otra ribera.

—¿Es pariente suya? —le preguntó el vecino del octavo bajando del bus.

—No, nunca la había visto antes... —contestó Hélène.

—Venga a mi casa uno de estos días, yo preparo la cena —añadió el vecino.

—Eh... gracias...

La muchacha cruzó el río por un puente de madera. Tenía la cabeza rapada, vestía una camisa blanca sin cuello, pantalones marrones bombachos, y botas del mismo color.

—Yo soy Nadia —se presentó sonriendo afable.

—Hola... —la saludó Hélène.

—Anwar quiere verla.

—¿Anwar?

—Ella necesita hablar con usted. Debe seguir ese sendero hasta el final —le dijo, indicándole con el dedo una huella que desaparecía en el bosque—. Ah, ahí vienen Baba y Misha, y el cuervo se llama Kolia.

Hélène retrocedió, asustada. Un cuervo aterrizó a sus pies graznando, y una anciana se acercó por la orilla del río montada sobre un enorme oso pardo.

—Pierda cuidado, el oso y el cuervo son muy mansitos, en cuanto a Baba...

—¿Elena? —preguntó la anciana traspasando a Hélène con la mirada—. ¡No puede ser, Elena ha vuelto!

—Cálmate —le dijo Nadia—. Ella no es exactamente Elena. No olvides que Anwar nos pidió un favor; acompañaríamos a Hélène para ayudarla si era necesario.

—Sí, ahora lo recuerdo, perdona... —se disculpó Baba y miró hacia el bus rascándose la barbilla— ¿Cuántos caballos necesitará esa curiosa carreta para avanzar? Unos seis por lo menos... ¿Pero dónde están? ¡Ah, ya sé, van amarrados al interior! ¿Y los cascos? Deberíamos verlos...

Una corriente agradable recorrió el cuerpo de Hélène. La anciana la tranquilizaba y la hacía añorar. Baba arrugó la frente.

—¿Estás segura que no eres Elena? Te pareces mucho a mi amiga...

Nadia entornó los ojos y dijo apremiante:

—Hélène...

—¿Hum?

—Anwar la está esperando.

—¿Y ustedes?

—Regresaremos a nuestras vidas.

—¿Y adonde es eso?

—Creo... que lo olvidé... pero cuando lleguemos allá... —respondió Nadia vacilando— Pero bueno, no pierda tiempo. Fue un placer.

—El placer fue mío —agradeció Hélène.

—Adiós, Elena —le dijo Baba.

—Hasta pronto.

—¡Nos vemos en casa! —le gritó el vecino del octavo y la saludó con la mano.

—Sí, claro, ahí estaré...

Hélène trepó por la ladera boscosa del valle con el cuervo volando sobre su cabeza.

—¿Por qué me sigues bichito? —le preguntó.

Kolia respondió con un graznido.

—Parece que quieres ser mi amigo. Ven, súbete aquí —le propuso Hélène tocando su hombro, y el cuervo se posó soltando otro graznido.

—Pero no grites tanto que me vas a dejar sorda...

Al llegar arriba, la claridad de un espacio abierto se filtró entre los helechos y el follaje de los árboles. Hélène caminó unos pasos más allá del linde del bosque y se detuvo. Estaba parada sobre un ancho espolón de piedra suspendido en el vacío a una altura descomunal. Porque desde allí se veían como en un mapa abierto todos los mares y continentes del planeta con sus nubes encrespadas. Y sentada en el borde, una joven registraba su mochila sacando libros y cuadernos, y apilándolos a su lado.

—Hola, tengo un desorden aquí... —le dijo a Hélène— ¿Te costó llegar?

—No, no. ¿Tú eres Anwar?

—Sí... Elena. Tu nombre era Elena... y Kolia era tu hijo...
—añadió Anwar poniéndose de pie con una sonrisa.

Un temblor desconocido se apoderó de Hélène y la hizo balbucear:

—Yo... no te recuerdo, y en verdad... debo irme.

—¿Cuál es la prisa? ¿Acaso estás apurada por volver a tu casa?

—Tengo cosas que hacer...

—¿Dormir, quizás?

—¡¿Cómo te atreves?!

—No me malinterpretes, lo que hagas con tu vida no es asunto mío, aunque personalmente no creo que dormir hasta el final de tus días te sirva de algo.

—¡¿Por qué me hablas así?! ¡¿Quién te dio permiso?!

—No quiero juzgarte, sólo digo lo que pienso, y vivir despierta un tiempo más no te afectará en nada.

—¿Y tú qué sabes? Además, ni siquiera te conozco...

—Me conoces. Una parte de mí al menos, y si vienes conmigo los recuerdos volverán.

—¿Si voy adonde?

—A un paseo o un viaje, o como quieras llamarlo. Te llevaré al Refugio.

—¿Y eso qué es?

—No te impacientes, creo que te gustará.

Hélène observó a Anwar con cuidado. Usaba un polerón y un pantalón de mezclilla como cualquier muchacha de su edad, sin embargo distaba mucho de ser una muchacha corriente, y no sólo por su atractivo perturbador... Se preguntó qué perdería en el cambio si la acompañaba. Anwar parecía hablar con sinceridad y tenía razón: a ella le sobraba el tiempo para dormir...

—Bueno, ¿por qué no? —dijo.

—Me alegro por ti. Vamos.

—Espera. ¿Quiénes son las dos mujeres que me recibieron?

—Nadia y Baba viven en nuestra memoria.

—No comprendo...

—En nuestra memoria perdida.

—¿Perdida?

—Sí.

—¿Y mi vecino?

—A ese tú lo pusiste ahí —le recordó Anwar guiñándole un ojo.

Hélène se sonrojó.

*

—*Es una historia muy curiosa la que me cuentas —dijo el doctor Lebert masajeándose la sien.*

—*Todo depende del que escucha, doctor.*

—*Tal vez...*

«*Demasiado hermosa, atractivo perturbador... No te confundas, Julien, esos calificativos no los pronunció ella, son tuyos...*»

—*¿Vamos bien?*

—*Claro. Sigue, por favor.*

Santiago de Chile. Comuna de Independencia.

—La lluvia no es mala, no —sentenció Irene Quirilao con las manos alzadas—. Saca el polvo de las calles, cura las alergias, y despierta la tierra, pero esta lluvia...

—¡Cómprate un paraguas, vieja loca! —le gritó un hombre que iba en bicicleta.

—¡Tarado! ¡Imbécil! ¡Anda a burlarte de tus patronos! —replicó Irene y el hombre se alejó rápidamente—. Cobarde. Un paraguas... ¿Para qué quiero un paraguas? ¿Pa' volar? No soy la tía Mari, huevón...

Esa noche miró *Promesa de pasiones* donde la vecina, después regresó a su casa, y antes de dormirse besó la foto de Marcelita.

—Que duermas bien, mi princesa —le deseó apagando la lámpara de cabecera.

El viento del suroeste no amainaba. Gigantescas olas reventaban con un ruido ensordecedor sobre la playa desierta de Villamar.

—¡Hasta cuando! ¡Nadie se entiende aquí! —se quejó Irene, y siguió probando sin éxito las teclas del control remoto de su televisor—. Esta antigüedad no tiene arreglo. Adiós *Promesa de pasiones*...

La ropa que debía vender en la feria del domingo estaba amontonada en el suelo.

—¿En qué quedamos? ¿Eran catorce pantalones y veinte camisas o...?

—Catorce camisas y veinte pantalones —le corrigió una voz.

Irene dio un brinco y se puso en guardia.

—¿Quién eres?! ¿Cómo entraste?!

—Mi nombre es Anwar.

—¿Los perros, por qué no ladraron?! ¿Les hiciste algo?!

—Tus perros están bien. Acabo de verlos en la playa.

—En esta casa no hay plata para que sepas.

—Ni techo, ni muros —advirtió Anwar sonriendo—. No me interesa el dinero, vine para hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Sí.

Irene intentó ver dentro de los ojos pardos de la muchacha, pero por primera vez en su vida no logró capturar las emociones y los pensamientos. Sólo aquella vibración que le ponía la piel de gallina, y la presencia de algo o de alguien demasiado grande para poder asimilarlo.

—No eres un espíritu, ni un producto de mi imaginación... —conjeturó, alarmada.

—No; no lo soy.

—No puedes llegar y entrar así como así a mi casa.

—Perdona, no quise ser descortés.

—Tu nombre no me basta...

Anwar calló un momento y enseguida sugirió:

—Como quieras. ¿Quieres ver dentro de mí? Tienes ese talento y yo puedo dejarte mirar.

—¿Tú también lo haces?

—Sí, y si eso te tranquiliza, mírame.

—¿Y qué voy a ver?

—Lo que quieras ver, escuchar, o preguntar.

—¿Cómo voy a saber si me estás diciendo la verdad?

—A ti no se te puede ocultar la verdad. Pídeme que me vaya si quieres, pero no nos quedemos aquí mirándonos las caras.

Irene suspiró.

—Perdóname, ya no confío en nadie. Me asustas un poco, pero te creo. No necesito ver dentro de ti, siento que no hay nada malo en tus ojos... de arena... sólo quiero saber... ¿eres una suerte de ángel?

—Podría decirse que soy un ángel, también... Vine a verte porque quería hablarte sobre tu pasado. Hice una promesa hace un montón de tiempo y debo cumplirla.

—Un... ¿ángel? ¡¿Un ángel?! —repitió Irene tambaleándose.

—Ven, sentémonos mejor —sugirió Anwar tomando a Irene del brazo y acompañándola hasta el sofá.

—Tranquila, trata de relajarte. Me pasó una vez cuando era niña. Un día en el colegio, me pidieron que recitara un poema frente a todos los alumnos y apoderados del curso, ¿y sabes qué?, no pude hacerlo. Me quedé paralizada y tuvieron que sacarme de ahí. Fue terrible... ¿Cómo te sientes, ahora?

—Me... mejor... ¿Tú... tuviste miedo? —preguntó Irene girándose lentamente.

—Mucho.

—¿Y fuiste al colegio?

—Sí.

—Es una bendición que estés aquí, conmigo, señora.

—Irene, eso no es necesario, llámame por mi nombre.

—Siempre quise... Anwar... ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Claro.

—Los ángeles... tú... ¿eres hombre o mujer?

Anwar sonrió.

—Es simple, dentro de cierto plano soy los dos, pero para ti soy mujer.

—Ah... ¿Y a qué se parece allá arriba?

—¿Allá arriba? Yo le llamo mi hogar, y está en todas partes. En verdad, es difícil de explicar. Lo entiendes todo, o casi todo, y puedes hacer muchas cosas, pero al final de cuentas lo único importante está aquí abajo. En este mundo construyes tu vida y encuentras la felicidad; la tuya y la de los demás. Quiero que sepas que eres especial Irene y te necesito, y las personas que te rodean. Tu hija siempre estuvo muy orgullosa de ti...

Los ojos de Irene se llenaron de lágrimas.

—Me gustaría tanto... mi hija... ¿Tu puedes...? —preguntó con un hilo de voz.

—Nadie tiene derecho de hacer eso, de revivirla.

—Perdóname... no debí... fui tonta...

—No fuiste tonta. Pediste lo que debías pedir.

—¿Y ella?

—Ella está adonde tú irás algún día.

—Entiendo... gracias... Uf... Con todo este lío no te he ofrecido nada —dijo Irene limpiándose las lágrimas con el antebrazo—. ¿Te sirves un té o un café? ¿Quieres que te haga un sándwich?

—Un café estaría bien, yo lo preparo.

—No, no; ya me siento mejor —Irene se puso de pie y corrió a la cocina.

Aparte del sofá, el *living* comedor estaba amueblado con una mesa redonda, cuatro sillas, una mesita baja para el televisor, y un mueble esquinero con algunos objetos encima. Anwar se acercó a curiosear. Sobre el mueble había una muñeca, dos velas blancas, y varias fotos encuadradas de Marcelita.

«Perdóname, Irene, no puedo devolverla a la vida, esa regla no », se lamentó Anwar apretando los puños.

Irene regresó con un mantel bordado que estiró sobre la mesa.

—El agua ya va a hervir, ¿necesitas otra cosa, Anwar?

—No, muchas gracias.

—Van a pensar que estoy loca cuando diga que estuviste aquí.

—Lo mejor es que no se lo digas a nadie, salvo a tus amigas

Ana y Olga, por supuesto.

—¿Las visitaste, también?

—Iré a verlas en un rato.

—Ya me imagino sus caras...

—Irene, quiero que demos un paseo... Hace muchísimo tiempo tu nombre era Irina...

—¿Irina?

—Viviste en un lugar muy lejos de aquí, en el Refugio, y tenías muchas hermanas.

—¿Qué dices?

—No te preocupes, ya recordarás.

—¿Recordaré?

—Sí —contestó Anwar, moviendo imperceptiblemente los dedos de su mano derecha.

—Mira, tenemos visita...

Irene quedó boquiabierta. Los protagonistas de *Promesa de pasiones*, Casandra y José Miguel, estaban de pie en la playa de Villamar admirando en silencio el derroche de fuerza del océano. De pronto una ola reventó muy cerca salpicándolos. Entonces se sonrieron, se abrazaron, y cayeron entrelazados sobre la arena.

—Aceptando con sus besos y caricias que están condenados al amor y el deseo... —comentó Irene.

*

—¡Olga! ¡Olga! ¡Despierta! ¡Tuve un sueño! —gritaba Ana sujetando la reja a dos manos.

Olga salió al antejardín.

—Cállate o despertarás a los vecinos. Son las tres de la mañana por si no te diste cuenta —dijo tensa—. Entra rápido, yo también tuve un sueño.

Puerto Montt, Chile.

Si no tenía cuidado, el extraño chiflón le arrancaría el gorro de la cabeza y se lo llevaría lejos de ahí, a los canales o a la isla grande. Qué más da, se dijo Mimi, no le importaba perderlo, pero era mucho mejor conservarlo para protegerse del frío y la humedad.

A su alrededor la gente caminaba como siempre, inmersa en sus propios asuntos. La Tierra podía inundarse y volver a secarse, sin embargo en esa ciudad nunca dejaría de caer agua del cielo, y ese niño tonto no renunciaría a correr por la costanera chillando y haciéndole morisquetas.

«Tonto, no te diré nada. Además yo no hablo».

Así lo criaron —dedujo Mimi—, con un mohín de desprecio, mientras que los animales y los peces venían al mundo, inteligentes, y seguían siéndolo toda su vida. Por eso el mundo estaba tan mal, y a ella no le gustaba la carne ni el pescado y prefería las papas fritas.

«Requetetonto».

—¡Nos vamos! —le avisaron sus hermanos, y Mimi los acompañó sin las acostumbradas protestas.

—¿Estás bien? —le preguntó su hermano mayor ajustándole el gorro.

Mimi levantó el pulgar para hacerle entender que todo andaba sobre ruedas. Deseaba regresar a casa y concentrarse en el sueño que tuvo la noche anterior. Recordar las palabras de la joven de lindos ojos y pelo exuberante, y ese lugar repleto de amigos adonde viajaron las dos.

*

—*Anvar, perdona...*

—*Dígame.*

—Necesito preguntarte algo.

—Pregunte.

—Quisiera saber si todas esas personas son amigas o conocidas tuyas. En la vida real, me refiero.

—Son amigas más y de mi personaje.

—¿Eso significa que son reales, pero las pones en tu historia?

—Sí, y hay muchísimas más, así que mejor relájese.

El doctor Lebert sonrió.

—Eso me gusta —le hizo notar Anwar devolviendo la sonrisa.

—¿Qué?

—Sonreír.

—Bueno, a veces lo hago...

—Doctor, no es una pérdida de tiempo sonreír. La vida que conocemos es demasiado corta, y no podemos dedicarle solamente llantos y quejas.

—¿No eres un poco joven para pensar en esas cosas?

—No, doctor. Todos, absolutamente todos, pensamos en eso, porque nadie puede vivir dignamente sin sonrisas.

—De acuerdo, intentaré hacerlo más seguido.

—Perfecto...

Región de Suzdal. Rusia.

«Que disparate», pensó Tania.

Valeria siempre fue una persona razonable y equilibrada, pero la víspera su amiga la obligó a viajar con ella a ese lugar, y le contó una de las historias más delirantes que había escuchado desde que un tipo en la universidad le confesara ser un extraterrestre, mientras intentaba manosearla y tirársele encima.

—¿Cómo vas? —preguntó, acercándose a su amiga.

—El suelo está saturado de piedras.

—¿Necesitas ayuda?

—No... Aquí hay algo...

Se oyeron varios truenos distantes, y unas nubes negras y alargadas avanzaron sobre la copa de los árboles.

—Valeria, se nos hizo tarde. Tu tía lleva más de una hora esperándonos en el auto.

—Ven. ¡Ven a ver! ¡Mira!

Los restos de un muro de ladrillo asomaban entre las piedras y la tierra suelta.

—¡Dios! —exclamó Tania.

—Necesitabas una prueba, aquí la tienes; este es el sitio, todo coincide.

—Habría que averiguar en Suzdal para asegurarnos...

—¿Asegurarnos? —repitió Valeria con la mirada fija en los restos del muro—. Si hubieras estado con ellas... y Anwar... Tania, te juro que no has visto a nadie igual...

—Perdona, amiga, ¿pero no existe la posibilidad que sea un sueño como cualquier otro?

Valeria levantó la cabeza.

—Por una vez en mi vida me pasa algo asombroso y tú sigues insistiendo con lo mismo. No; no fue un sueño.

—Está bien, tranquilízate —Tania echó un vistazo al río y el bosque, y preguntó—. ¿Tienes idea por qué lo llaman el Valle de las mujeres?

—Creo que ya lo sabes.

—Más que un valle, esto es una hondonada.

—Tienes razón. Probablemente aquí hubo un movimiento importante de tierra.

—Si eso sucedió, fue un verdadero cataclismo; y en ese caso, ¿cómo es posible que los restos de tu torre no se encuentren a mayor profundidad?

—Quizás, pero recuerda que en mi sueño pude ver varias construcciones, y estoy segura que este muro de ladrillo pertenecía al Refugio. Ven, ahora sí te necesito, ayúdame a despejar un poco...

Londres. Inglaterra.

Una lluvia torrencial acompañada de viento huracanado convertía los paraguas en objetos inútiles y molestos.

«No es una buena mañana para sepultarte. Por suerte el seguro cubre el arriendo del toldo...»

Álex suspiró aliviado y giró la cabeza para escuchar las últimas palabras de aliento y consuelo dirigidas al hijo de Úrsula Lean:

—Cuídate mucho, Álex, e intenta ser un buen hombre. A tu madre le habría gustado. Ya sabes cómo era...

El pastor se despidió de él con un apretón de manos y se fue trotando entre las tumbas.

«¿Y ahora qué? ¿Qué haré sin ti, mamá?»

No tenía familiares directos y su padre era casi un desconocido que nunca lo visitaba ni lo llamaba. En cambio su madre siempre estuvo cerca; vigilando y organizando cada momento de su existencia, preguntando por sus amigos, leyendo sus cartas, husmeando debajo de su cama, eligiendo y decidiendo por él. El día que cumplió los quince años, ella le dijo delante de todos los invitados a su fiesta aniversario:

—Hijo, no quiero que te transformes en un mediocre, tu gusto por la fotografía no te llevará a ninguna parte. Tendrás que trabajar muy duro para obtener muy poco...

Él no le contestó. Para entonces ya había renunciado a discutir con su madre, y años más tarde, al terminar la educación secundaria, se fue a vivir a casa de un amigo y encontró trabajo de reportero gráfico en el semanario La gaceta voladora, logrando una modesta independencia económica y una sana privacidad...

La lluvia comenzaba a arreciar y los pies le dolían. Álex metió las manos en los bolsillos y se acercó al féretro para despedirse.

«Necesito decirte algo, mamá... Me habría gustado que todo fuera diferente entre nosotros dos, que me escucharas y me apreciaras... pero no te diste el tiempo... y ahora es demasiado tarde, y no hay nada que hacer... Adiós... Ojala estés bien a donde sea que vayas...»

¿Qué haría sin su madre? Un montón de cosas probablemente...

*

La casa de la señora Lean era de ladrillo, de dos pisos, estaba pareada por ambos lados, y los días despejados desprendía un fuerte olor a insecticida.

Álex se detuvo un momento en el recibidor. Era extraño imaginarse que su madre nunca más lo estaría esperando con esa expresión severa que la caracterizaba como «una mujer de respeto».

Se deshizo del abrigo y el paraguas, y subió directamente a su cuarto.

Los autitos de juguete estaban alineados sobre la mesita junto con su primera cámara fotográfica y su colección de dinosaurios de plástico, y en el muro, los afiches con las fotos de sus ídolos de infancia: la selección de fútbol de Inglaterra y Sean Connery en su clásica postura de súper agente.

—Sean es el más grande, los que vinieron después son unos peleles —solía decirle a sus compañeros de escuela.

—Podría ser tu bisabuelo.

—¿Y qué? Sigue siendo el mejor.

Alex se sacó los zapatos y hundió la cabeza en los cojines de su cama.

«Ya pasó, descansa...»

*

La muchacha bajó de su auto deportivo, miró de soslayo el disco de la Luna llena, y se dirigió a la casa de Álex con la elegancia y la agilidad de una pantera. «Las promesas están hechas para ser cumplidas», pensó sonriendo. Abrió la puerta de calle con una lima de uñas, subió los escalones de dos en dos, e irrumpió en el cuarto sin llamar.

—Hola... ¿Estás despierto? —preguntó con voz susurrante.

«¡Dios!», quiso exclamar Álex incorporándose en su cama, mudo de asombro y admiración.

Los ojos de la muchacha eran plateados, y su larga y espesa cabellera negra se derramaba sobre un buzo negro de material brillante muy ceñido al cuerpo. Álex soltó un resoplido. Por una

razón desconocida la mujer más hermosa que había visto jamás lo visitaba en mitad de la noche. Se protegió con un cojín y le preguntó tragando saliva:

—¿Eres una especie de súper agente?

—Soy Anwar.

—¿De dónde saliste?

—De por ahí...

—¿De por ahí?

—Afirmativo.

Anwar se paseó por la habitación examinándola con ojo crítico.

—Perdona, Alex —dijo—, pero pienso que tu Agente 007 es un misógino, y también un asesino que se pasa el día matando a enemigos del imperio británico demasiado maniacos y adinerados para ser reales.

—¿Tú crees?

—Aunque reconozco que el tipo es simpático. Bueno, no hay tiempo que perder, tenemos una misión que cumplir, iremos a un sitio.

*

El doctor enderezó la cabeza. La luz estaba apagada y no había rastro de Anwar.

«¿En qué segundo te fuiste? Yo... lo olvidé...»

O tal vez... Anwar se puso de pie, se despidió de él con una sonrisa, y su larga melena la siguió ondeando antes de desaparecer por el vano de la puerta.

«Necesito dormir»

Alternando con la lluvia, nubarrones negros y morados surcaban el encuadre de la ventana. El doctor se repantingó en su asiento. No le molestaba esa oscuridad y se sentía a gusto en la consulta. Deslizó una mano por su calvicie preguntándose cómo se las arreglaba Sylvie para conseguirse una flor todos los días y ponerla en el florero de cerámica. Ella era una secretaria eficiente, y una mujer muy simpática y atractiva. La protagonista de sus noches de insomnio e inagotables fantasías amorosas...

«Es tarde, ve a casa, Julien»